



S. BASILIO, O. Y DOCTOR
DE LA IGLESIA.

DIA CATORCE.

SAN BASILIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Basilio, aquel portentoso varon que mereció el epiteto de *Grande*, tan eminente en erudicion y en sabiduria, como adornado de todas las virtudes, nació en Cesaréa de Capadocia hácia el año de 328. Fué hijo de san Basilio y de santa Emilia, nieto de santa Macrina, hermano de san Gregorio Niseno, de san Pedro, obispo de Sebaste y de santa Macrina la moza, a cuya gran santidad confesaba el mismo san Basilio haber debido, así él como sus hermanos, la resolucion de abandonarlo todo y retirarse del mundo.

Habiendo nacido de padres tan virtuosos y en el seno de una familia tan santa, fácilmente se deja discurrir el cuidado con que le criarian. Luego que supo hablar dió claras muestras de su noble indole y de su apacible natural; sus preguntas, sus respuestas y sus prontitudes dieron luego á conocer la penetracion y la vivacidad de aquel prodigioso ingenio. Qui-so encargarse de su primera educacion su abuela santa Macrina, y despues se gloriaba nuestro santo de que le hubiese enseñado los primeros principios de la religion aquella que los habia inmediatamente gebido en la primera fuente de san Gregorio Taumaturgo. Viendo su padre los grandes talentos que descubria su hijo para adelantar en las ciencias, le aplicó sin perder tiempo á los estudios, en los que hizo Basilio tan rápidos progresos, que, habiendo aprendido cuanto habia que aprender en las letras humanas, á los quince años le envió á la capital del imperio para

que se dedicase á las facultades mayores. Conocido desde luego por su ilustre nacimiento, lo fué no menos muy en breve por la brillantez, por la extension y por la superioridad de su ingenio, igualmente que por la irrepreensible inocencia de sus costumbres, tanto mas sobresalientes, cuanto el licencioso desorden que reinaba en la ciudad era incentivo del vicio y el escollo de la virtud.

No teniendo ya que adelantar en Constantinopla, determinó pasar á Atenas, empareo entonces de las ciencias, de la elocuencia y de las floridas letras de toda la Grecia, donde encontró á Gregorio de Nazianzo, que por el mismo fin habia venido de Alejandria. Eran los dos, con corta diferencia, de una misma edad, de igual ingenio y de costumbres muy parecidas; circunstancias todas que estrecharon desde entonces aquella fina amistad que los unió indisolublemente hasta el último aliento. Señalóse muy desde luego Basilio entre toda aquella república de sabios por su elocuencia y por su profunda erudicion; y como su aplicacion era tan grande, en breve tiempo fué generalmente reconocido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Estaba muy versado en la historia; era eminente en la poesia; hablaba todas las lenguas sabias y poseia con perfeccion todas las ciencias. Singularmente su filosofia y su dialéctica eran la admiracion de toda la universidad; dedicóse tambien á la geometria, á la astronomia y á la medicina; pero en lo que mas sobresalió fué en el arte de hablar, de mover y de persuadir. No era su elocuencia aquella verbosidad asiática, llena de palabras redundantes y de pensamientos supérfluos, sino una elocuencia varonil, nerviosa, elevada, majestuosa y llena de un fogoso ardor. Ni por dedicarse al estudio de las ciencias profanas abandonó el de las divinas letras; antes bien estas eran todas sus delicias,

como quien se habia aplicado á ellas, digámoslo así, desde la cuna.

Mientras el ingenio y la sabiduria de Basilio daban materia á la admiracion y á los aplausos de Atenas, concurrió á estudiar en la misma universidad Juliano, primo hermano del emperador Constancio, tan conocido despues por el renombre de *Apóstata*. Movido de la gran reputacion de Basilio y de Gregorio, solicitó su amistad; pero en su misma fisonomia descubrieron los dos santos no sé qué señales, que, sacando al semblante las inclinaciones del alma, les dieron á conocer el monstruo que abrigaba el seno del imperio en aquel jóven; como lo manifestó despues cuando arrancó tantos gemidos al corazon de la Iglesia.

Acabados sus estudios en Atenas, se restituyó Basilio á Cesaréa; arrimándose ya á los veinte y siete años de su edad. Ejerció desde luego la abogacia, defendiendo algunos pleitos con tan universal aplauso, que andaba ya deliberando si fijaria su profesion á este glorioso ejercicio, consagrandolo sus estudios á la defensa de la justicia, cuando el cielo se valió de su hermana mayor santa Macrina para retirarle de las vanidades del mundo. Hallábase esta santa doncella en compañía de su madre santa Emilia, despues de haber hecho á Dios el sacrificio de su virginidad; y viendo que su hermano se dejaba llevar con algun exceso de los aplausos que le granjeaban su reputacion y sus talentos, le habló un dia con tanta eficacia y con tanta mocion sobre la falsa brillantez de los aparentes bienes de esta vida, que desde aquel punto tomó la generosa resolucion de volverles las espaldas y de anhelar únicamente por los inmutables y verdaderos de la eterna.

« Véote, hermano mio (le dijo la iluminada doncella), cubierto de honor, de estimacion y de gloria. La elevacion de tu ingenio, la majestad de tu elo-

cuencia, esa profunda sabiduría que te adorna, son el asombro del público y embelesan tu corazón con las más lisonjeras esperanzas. Pero ¿será posible que, sabiendo tú todo cuanto hay que saber, no cargues la consideración en lo que ha de venir á parar todo ese humo? ¿será posible que esa despejadísima capacidad no advierta que todo es apariencia cuanto ostenta esa engañosa brillantez, y que no aspire á gloria más consistente, á más sólidos honores? Créeme; no tiene el mundo todo cosa digna de tu generosa ambición. Tu salud es débil; pon los ojos en una fortuna que no dependa de las felicidades, ni los caprichos de esta vida; yo no veo otra cosa que sea digna de tu nacimiento, de tu espíritu y de ese grande corazón, que la santidad y la virtud. »

Convencido Basilio con las razones de su santa hermana, pero mucho más movido por el interior impulso de la divina gracia, no le dió otra respuesta que la que le salió á los ojos en un sosegado llanto: *Entonces* (dice el santo en una de sus epístolas) *desperté como de un profundo sueño, comencé á descubrir sin nubes la luz del Evangelio y conocí por la primera vez la vanidad y la inanidad de la humana sabiduría.* Resolvió, pues, no dedicarse al ejercicio de otra ciencia que á la de los santos, y partió en busca de modelos y de maestros á Egipto, á Palestina y á otras partes. Encontró muchos en aquellos vastos desiertos y aprendió tantas lecciones cuantos grandes ejemplos notó en los anacoretas que los poblaban. Tuvo con ellos muchas conversaciones y conferencias espirituales, á las cuales somos deudores de aquel admirable tratado que se intitula: *La moral de san Basilio.*

Cuando volvió á Cesarea le ordenó luego de lector el obispo Dianéo, temiendo que otra iglesia se adelantase á apropiarsele; pero no perdiendo por eso su in-

clinación á la soledad, se juntó con ciertos solitarios, cuya vida parecía acercarse mucho á la que hacían los monjes de Egipto y del Oriente: *Eran unos hombres* (dice el mismo santo en la epístola 97) *de un exterior modesto, humilde y mortificado; su hábito rústico y grosero, con una vida en la apariencia austera me hicieron creer que adelantaría mucho mi espíritu en su trato y compañía.* No faltaron algunos que le advirtieron como aquellos hombres estaban notados y eran sospechosos de arrianismo; pero viendo las bellas exterioridades de su afectada virtud, creyó que aquellos dichos eran efectos de la maledicencia y de la envidia; hasta que, habiéndolos tratado más de cerca, reconoció en efecto eran lobos carnívoros cubiertos con piel de mansas ovejas: desde aquel punto se declaró enemigo mortal del arrianismo, cuyos parciales no tuvieron contrario más formidable.

Impelido siempre de su amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia de Ponto, donde él solo practicó todas las grandes virtudes que había observado en los anacoretas de Egipto y de Palestina. Traía siempre inmediato á las carnes un áspero cilicio que cubría cuidadosamente con un hábito grosero para no hacer ostentación de la penitencia; siendo sus ayunos tan continuos y tan rigurosos, que, extragada del todo su salud, naturalmente delicada, parecía un esqueleto animado; y no sería temeridad decir que sin milagro no parecía posible se conservase su vida los treinta años que vivió después.

Hicieronse famosos los desiertos del Ponto con el retiro de Basilio, concurriendo de todas partes mucho número de personas para entregarse á su gobierno. Dióles unas reglas en que se contenía la más elevada perfección; y fueron, por decirlo así, como la fuente universal donde bebieron las suyas los santos fundadores de las sagradas familias. Hicieron

cuanto pudieron los vecinos de Neocesarea para elevar al santo á aquella ciudad; pero no fué posible vencerle á que abandonase su retiro, hasta que le obligó á ello el zelo y la caridad. Estos dos motivos le arrancaron de él, poniéndole en precision de partir á Cesaréa para hacer presente al obispo lo mucho que habia escandalizado á la Iglesia firmando el famoso formulario de Rimini. Conoció el prelado que le habian engañado y reparó el escándalo con su pública retractacion.

Muerto el obispo de Cesaréa, le sucedió Eusebio en aquella silla, y conociendo bien el extraordinario mérito de nuestro santo, sin dar oidos á su humildad ni á su resistencia, le ordenó de presbitero y luego le mandó que predicase en su iglesia. Aunque Basilio se halló precisado á dejar su amada soledad, no por eso perdió la inclinacion al retiro, viviendo en medio de Cesaréa como pudiera en el Ponto, en cuanto lo permitian las funciones de su sagrado ministerio; bien que no con tanta tranquilidad como en el desierto, por cierta indecente emulacion que desconcertó su sosiego. Entró en zelos el obispo á vista de la universal estimacion y de la general confianza que mereció á todos Basilio y le dió no poco en que merecer. Tratábale con tanto desabrimiento y aun con tanta indignidad, que faltó poco para que todos los buenos se amotinassen contra el prelado; y se hubiera introducido un cisma en la iglesia de Cesaréa á no haberle prevenido la prudencia de nuestro santo, que secretamente se huyó de la ciudad y se retiró á su desierto del Ponto. Siguióle á él su amigo Gregorio de Nazianzo; pero como la iglesia de Cesaréa no podia vivir sin Basilio, el mismo obispo Eusebio empeñó á san Gregorio para que restituyese á ella á su amigo; el que no se hizo mucho de rogar, especialmente cuando llegó á entender que los arrianos triunfaban

con su ausencia, prometiéndose echar por tierra la fe en Cesaréa. Noticioso de su vuelta el emperador Valente, ciego fautor del arrianismo, hizo cuanto pudo para ganarle á nuestro santo en favor de su partido; pero despreció sus promesas y se burló de sus amenazas, sirviendo unas y otras para encender mas su zelo y tener mas alerta su vigilancia en defensa de la religion.

Murió en este tiempo el obispo de Cesaréa; luego comenzaron los arrianos á poner en movimiento cuantas máquinas y artificios pudieron discurrir para que recayese la futura eleccion en sugeto de su parcialidad, cundiendo el espíritu de division hasta en los mismos católicos; pero pudo mas el mérito que la maquinacion y salió electo Basilio. En vano se resistió, se escapó y se empeñó en ocultarse; fué preciso, al fin, rendirse á tan visible disposicion de la divina Providencia y fué consagrado el dia 14 de junio de 370. Triunfó la religion católica luego que Basilio ocupó el trono episcopal. Con su agrado, con su humildad, con su virtud y con su mérito se hizo dueño de los ánimos que habia enajenado el artificio de los mal contentos. Comenzó á predicar al pueblo, y acompañada siempre la eficacia de sus palabras con la energia mayor de sus ejemplos, hizo tanta impresion en los corazones, que á poquitos dias ya no se conocia á sí misma la ciudad de Cesaréa. Su vigilancia pastoral no le permitia ignorar las necesidades de sus ovejas y en su inmensa caridad encontraba siempre fondos para remediarlas; de suerte que solamente los pobres sabian en rigor hasta donde alcanzaban sus rentas.

Vióse revivir en Cesaréa el espíritu y el fervor de la primitiva Iglesia, pasando los fieles en ella muchas veces desde media noche hasta el mediodia siguiente; *i y qué cansado para mí* (escribe el santo á un

amigo suyo) verlos comulgar á todos el miércoles, el viernes, el sábado y el domingo de cada semana! Reformó las costumbres en todo el obispado con sus frecuentes visitas; restituyó la disciplina eclesiástica á su primer vigor y la vida de los monjes á su primitivo espíritu, dirigiendo gran número de personas en el camino de la perfeccion, tanto por cartas como de viva voz, y manifestando en todo su ardiente zelo por la salvacion de las almas.

Siendo muy estrechos los limites de su diócesis y aun de toda la provincia para contener su caridad, rompió aquellas ceñidas margenes y se dilató á toda la Iglesia universal. Ligado intimamente con san Atanasio, con san Melecio, con todos los obispos santos del Oriente, pero singularmente con la silla apostólica de Roma, declaró guerra mortal al arrianismo; hizo cuanto pudo por reducir á los macedonianos; fué azote cruel de cuantos enemigos conspiraron contra la divinidad y contra la humanidad de Jesucristo, siendo generalmente reconocido por uno de los mas ardientes y mas generosos defensores de la religion católica que ilustraron la Iglesia y venera la memoria de aquel siglo.

Persiguióla con furor el emperador Valente, habiendo abrazado sin disimulo el arrianismo; y no se olvidó de Basilio en su cruel persecucion. Descubrió nuestro santo la hipocresia y los errores de Eustaro, obispo de Sebaste; y animado este de la venganza que le inspiraba su misma confusion, determinó perderle, enconando contra Basilio el ánimo del emperador; hazaña que le costó poco esfuerzo. Irritado el príncipe furiosamente contra él, partió á Cesaréa, y cuando estaba ya muy cerca de ella, despachó un oficial llamado Modesto, con órden de intimar de su parte al obispo que, ó comunicase con los arrianos, ó saliese desterrado de la ciudad. Entró en ella Mo-

desto con mucho estrépito; hizo llamar á san Basilio; y sin respetar su dignidad ni su persona, le preguntó luego con grosera altanería: *Díme, pobre hombre, ¿ en qué piensas cuando no quieres obedecer al emperador, á quien se rinde todo el mundo? Pienso...*, le iba á responder nuestro santo con su natural gravedad, serenidad y compostura; pero interrumpiéndole Modesto, añadió luego: *Pensarás en que no eres de la religion del emperador. Y bien, ¿ qué motivo tendrás para no serlo? Porque Dios me lo prohíbe*, respondió Basilio. *¿ Pues por qué especie de hombres nos tienes á nosotros, replicó el oficial? Por unos hombres ilustres, segun el mundo, dignos de nuestro respeto; pero que al fin no sois la regla de lo que debemos creer*, respondió el obispo. Irritado Modesto á vista de tan generosa constancia, le dijo enfurecido: *Por lo menos ya temerás experimentar los efectos de mi poder. ¿ Qué efectos?* respondió Basilio. *La confiscacion, el destierro, los tormentos y aun la misma muerte*, respondió el oficial. *Nada de eso habla conmigo*, repuso el obispo: *el que nada tiene no teme la confiscacion; salvo que necesites estos trapos viejos y algunos pocos de libros; á esto se reducen todos mis bienes. Destierro no le conozco, porque para mí todo el mundo lo es, no reconociendo otra patria que la celestial; los tormentos poco daño pueden hacer á quien apenas tiene cuerpo para padecerlos; al primer golpe se acabarán todos para mí: la muerte no la temo como castigo, antes la deseo como gracia, pues me llevará cuanto antes á mi Dios, para quien únicamente vivo. Asombrado Modesto de aquel teson, dijo al santo: Hasta ahora ningun hombre ha tenido valor para hablarme de esta manera. Será sin duda, respondió Basilio, porque hasta ahora no habrás tratado con algun obispo, que estos en semejantes ocasiones no se explican de otro modo. A lo menos, replicó el oficial en tono mas moderado, ya estimarás en algo tener en*

tu ciudad al emperador; y en conclusion todo se reduca á quitar del símbolo la palabra consustancial. Yo estimaria mucho, repuso el santo, ver al emperador reconciliado con la Iglesia y exento de todo error en la fe; y por lo que toca al símbolo, no solo no sufrirá que se quite ni añada una sola palabra, pero ni aun toleraré que se altere la material colocacion de las voces. En fin, concluyó Modesto, vete con Dios, y doyle toda esta noche para que lo pienses bien. Mañana será el mismo que hoy, respondió Basilio. Despidióle el oficial con bastante urbanidad; y partiendo en diligencia á encontrarse con el emperador, le dijo no habia que esperar cosa alguna del obispo de Cesaréa.

No pudo Valente disimular la grande estimacion que hacia de aquella heróica virtud. Quiso concurrir á la iglesia el día de la Epifanía; dejóse ver en ella rodeado de sus guardias; quedó admirado cuando vió el concurso del innumerable pueblo, pero mucho mas cuando notó el orden, la modestia y la majestad con que se celebraban los divinos officios, á los cuales asistió y oyó el sermón que predicó nuestro santo. Parecia Basilio en el altar un hombre enteramente divino, y los muchos ministros que le asistian mas se le representaban ángeles que hombres. Llenóle de tanto asombro aquel augusto teatro, que casi le dió un desmayo y no se atrevió á acercarse al altar para llevar él mismo su ofrenda, y mas cuando observó que ninguno se presentaba para recibirla, temiendo seguro el desaire de que no se le admitiesen. Pero lejos de ofenderle aquel teson invencible de Basilio, le estimó mas desde entonces y quiso tener algunas conversaciones con él. Hallóse presente á todo san Gregorio de Nazianzo, quien asegura habló Basilio con tanta elevacion sobre las materias de la fe, que todos los asistentes quedaron como extáticos y todos fueron testigos de la admiracion del príncipe,

que tributó grandes honores al santo, le dió muchas y muy ricas posesiones para sustentar á los pobres leprosos y cesó de perseguir á los católicos; bien que duraron poco estas treguas de la persecucion, porque los arrianos, que perpetuamente tenian sitiado al emperador, le hicieron aprender se interesaba el honor de su soberania en obligar á Basilio á entrar en su comunión, tomando por pretexto para desterrarle su constante y valerosa resistencia. Expedido el decreto de destierro, estaba todo dispuesto para la ejecucion, entrada ya la noche, porque el pueblo no lo llegase á entender, prevenido el caruaje y pronto Basilio para partir, cuando de repente se halló asaltado de una ardiente y maligna calentura, que le puso á las puertas de la muerte, el hijo del emperador, llamado Galates, niño de pocos años, y la emperatriz su madre atormentada de vivísimos dolores. Entendieron todos que aquel accidente era justo castigo de la violencia y de la injusticia con que se trataba á san Basilio, y mas cuando, apurada toda la habilidad de los médicos, se reconoció no habia remedio humano para la vida del príncipe. Recurrieron entonces á las oraciones del santo, que ya estaba para meterse en el coche y salir á su destierro, cuando recibió un recado muy respetuoso de Valente, rogándole pasase á ver á su hijo. Partió derecho á palacio, y luego que entró en él se sintió el príncipe muy aliviado; pero Basilio protestó que no pediria á Dios por su vida, sino con la precisa condicion de que se le habia de permitir instruir al príncipe en la religion católica; lo que aceptó el emperador, como lo testifica san Efrén. Entonces hizo oracion san Basilio, y al punto quedó el niño enteramente sano; pero olvidado despues Valente de lo que habia prometido y engañado de los arrianos, dejó que le bautizase un obispo de esta secta, y recayendo el

príncipe en su enfermedad, murió dentro de pocos días. Ni por eso abrió los ojos el emperador para reconocer el origen de su desgracia, porque se los tenían vendados los arrianos, y á persuasión de ellos, segunda vez resolvió desterrar á san Basilio. Tomó una pluma para firmar el decreto y se le hizo pedazos entre los dedos. Cogió otra segunda, y negándole la tinta, jamás pudo formar una letra con ella; echó mano de la tercera, y rompiéndose luego en muchos trozos, le comenzó á temblar la mano, llenándose de pavor. Hizo pedazos el papal, revocó la orden y dejó en paz á Basilio.

Fué testigo de tantos prodigios Modesto, prefecto de pretorio, y asombrado de ellos se convirtió á la fe, siendo en adelante uno de los mas firmes y mas zelosos católicos. No fué tan dichoso Eusebio, vicario del mismo prefecto. Mandó sacar de la iglesia á una viuda que se habia refugiado en ella; y oponiéndose á esto san Basilio, le hizo comparecer en su tribunal. Cuando le vió en él, mandó que le quitasen la capa; alargóla luego el santo, añadiendo estaba pronto á despojarse tambien de la túnica. Ofendióse el vicario de esta noble intrepidez, teniéndola por insulto, y le amenazó con que le haria castigar; desnudó Basilio parte del esqueleto de sus huesos, cubiertos de la arrugada piel, diciéndole estaba aparejado para recibir los golpes. Cegóse Eusebio de cólera, y arrebatado de ella iba á precipitarse en los mayores excesos, cuando le dieron noticia de que, sabedor el pueblo del tratamiento que hacia á su santo obispo, se habia alborotado y tenia sitiado el palacio del mismo prefecto, resuelto á tomar venganza. Lleno de pavor Eusebio, se arrojó á los piés de Basilio, pidiéndole perdon con la mayor humildad y rogándole apretadamente le sacase de aquel peligro. Compadecióse el santo, sosegó el tumulto y salvó al prefecto la vida.

Dejándole ya en paz el emperador y sus ministros, consagró al Señor esta quietud y el corto resto de sus débiles fuerzas corporales. En medio de las mas laboriosas ocupaciones nunca perdió de vista el estado religioso. Mantuvo siempre algunos monjes cerca de su persona, gobernándolos y educándolos en la vida monástica. Tambien habia en Cesarea un monasterio de monjas, que gobernaba una sobrina del mismo san Basilio, cuya iglesia estaba dedicada á los cuarenta mártires, venerándose en ella sus reliquias; y así esta religiosa como otras que estaban á su cargo, son las que en sus escritos llama *canónigas* ó *canónicas*; esto es, doncellas ó vírgenes consagradas á Dios, que viven debajo de alguna regla. En las que compuso el santo para personas religiosas, se hallan muchas que hablan derechamente con mujeres, y las penitencias particulares que se imponen en ellas casi todas son por las faltas que cometen en el demasiado hablar.

En todo estaba su vigilancia pastoral. Erigió en Sasimo un obispado, para el cual nombró á san Gregorio de Nazianzo; ejecutando lo mismo en otras ciudades de su provincia, á las que proveyó de santos y vigilantes pastores. Restituyó á su antiguo vigor la disciplina eclesiástica secular y regular, dando reglas para su gobierno á todos los estados. Como acérrimo defensor de la fe católica persiguió valerosamente la herejía, atacándola hasta en sus últimos atrinchamientos. Llegó á no tener en su cuerpo otra cosa sana mas que la mano y la cabeza; pero no por eso fué menos útil á la Iglesia. Fueron tantas las doctas y admirables cartas que escribió, que, cuando no tuviéramos mas obras suyas, debiéramos admirarnos de que hallase tiempo para escribir tanto un hombre de tan poca salud, quebrantada con tantas y tan espantosas penitencias y ocupado en tantos, tan graves y

tan diferentes negocios. Las que escribió á san Anfiloquio contienen todos los principios de la doctrina cristiana, y con mucha razon se dice que en solos los escritos de san Basilio tenemos una completa librería. Fuera del compendio ó suma *del moral*, de que ya hemos hablado, nos dejó un tratado *del Espíritu Santo, la obra de los seis dias, el tratado sobre algunos salmos, otro sobre Isaías, cinco libros contra la herejía de Eunomio, dos sobre el bautismo, uno de la virginidad y diferentes homilias* sobre asuntos escogidos; admirándose en todos la claridad de su pluma, el nervio de sus razones y el vigor de su elocuencia; siendo muy pocas las obras de los doctores y aun de los santos padres de la Iglesia, que sean mas instructivas y hagan tanta impresion.

Acercábase el fin de la vida de nuestro santo, cuando san Efren, diácono de Edesa en Mesopotamia, movido de su gran reputacion, vino expresamente por conocerle, por tratarle y por oírle. Al primer sermón que le oyó, comenzó á deshacerse en alabanzas de san Basilio delante de todo el pueblo. Preguntóle el santo la razon, y respondió: *Porque mientras tú estabas predicando, estaba yo viendo sobre tus hombros una paloma de maravillosa blancura que te estaba sugeriendo todo lo que decias*. Pocos dias despues de esta visita, quiso el Señor premiar los trabajos de su siervo, cuya solicitud pastoral le acompañó hasta el último suspiro, pues poco antes de expirar impuso las manos sobre muchos de sus discipulos para proveer de ministros dignos á todas las iglesias que tenían frito de ellos. En fin, lleno de merecimientos entregó el una á su Criador el primer día del año de 179, siendo de solos 51 de edad, llorado no solo de los buenos, sino hasta de los judios y aun de los mismos paganos. Toda su provincia le lloró como á su padre, y en toda la Iglesia fué venerado por mo-

delo de obispos católicos y por doctor de la verdad. Desde el mismo dia en que murió comenzó á solemnizarse su fiesta, de manera que las honras fueron triunfos y fueron generales. Pronunciaron su panegirico su hermano san Gregorio Niseno, san Anfiloquio, san Efren y san Gregorio de Nazianzo. Dióse á su cuerpo sepultura en la iglesia catedral, ansiando todos por lograr alguna reliquia suya. Las familias religiosas le pueden justamente considerar como su primer patriarca, y la Iglesia universal le honra como á uno de sus mas ilustres doctores.

SAN METODO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.

San Metodo, descendiente de una de las mas ilustres familias de Sicilia, fué educado en las ciencias sagradas y profanas, en las que salió muy aventajado. Habiendo dejado al mundo, fué á la isla de Quio donde edificó un monasterio. Mas habiendo sido llamado despues á Constantinopla, le ascribió á su iglesia el santo patriarca Nicéforo. Acompañó á su obispo en los destierros á que en razon de su zelo por las santas imágenes fué condenado por el emperador Leon el Armenio. En 817 le envió á Roma san Nicéforo en calidad de apocrisario ú de nuncio, donde en efecto le prestó nuestro santo los mas brillantes servicios.

Habiendo Dios llamado para si al bendito patriarca, Metodo se volvió á Constantinopla. Luego probó en aquella ciudad los efectos del furor de los Iconoclastas. El sucesor de Leon, Miguel el Tartamudo, inficionado de los mismos errores, mandó ponerle en la cárcel y dejarle pudrir en ella durante todo su reinado. Con todo, en 830, recobró la libertad por los esfuerzos de la emperatriz Teodora. Mas poco tiempo gustó del descanso que ella acarrea, pues le volvió-

ron á perseguir los herejes y el emperador Teófilo le envió desterrado.

Muerto este príncipe en 842, mudaron de semblante las cosas de la Iglesia. Teodora tomó las riendas del gobierno como reina regente durante la menor edad de su hijo Miguel III; y el primer uso que hizo de su autoridad fué detener los estragos de la herejía. Colocó á Metodo en la silla patriarcal de Constantinopla, despues de haber echado de ella al intruso que la usurpara. Hizo el santo revivir la piedad á una con la santa doctrina; y para dar gracias á Dios del restablecimiento de la fe, instituyó una fiesta que llamó *Ortodoxia*. Murió al cuarto año de su episcopado por los de 846. En tiempo de su sucesor san Ignacio, empezó á celebrarse su fiesta, la que continúa celebrándose tanto entre los Griegos como por los Latinos.

Tenemos todavía el día de hoy algunos escritos de san Metodo; á saber: cánones penitenciales, algunos sermones y un panegirico de san Dionisio el Areopagita. Piensan algunos autores que, en la composición de su última obra, se valió de los escritos de Hilduino que pudo sin duda ver en Roma.

Los Bolandos traen una vida muy extensa de nuestro santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cesaréa en Capadocia, la ordenacion de san Basilio obispo, que, lleno de ciencia, dotado de profunda sabiduría, adornado de todas las virtudes, brilló maravillosamente en tiempo del emperador Valente á defendió la Iglesia, con admirable constancia contra los Arrianos y los Macedonios.

En Samaria en Palestina, san Eliseo, profeta, cuyo sepulcro hacia temblar á los demonios segun refiere

san Jerónimo. Tambien descansa allí mismo el profeta Abdias.

En Siracusa, san Marciano, obispo, quien, despues de consagrado obispo por san Pedro, fué muerto por los Judíos en odio del Evangelio que predicara.

En la diócesis de Soisons, los santos mártires Valerio y Rufino, quienes, habiendo padecido muchos tormentos en la persecucion de Diocleciano, fueron condenados por el presidente Ricciovaro á ser decapitados.

En Córdoba, los santos mártires Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, virgen.

En Constantinopla, san Metodo, obispo.

En Viena, san Etero, obispo.

En Ródes, san Quinciano, obispo.

En Bourges, san Simplicio, obispo, encomiado en una carta de Sidonio Apolinar á san Pépeto de Tours.

En París, el fallecimiento de san Euspicio, presbítero, fundador de la abadia de San Memin cerca de Orleans.

En Antigny del Gartempe en Poytou, san Civran, confesor.

En dicho día, san Lifari, venerado como obispo en Moissac en Quercy, donde le llaman san Naufroy.

En Laodicea en Frigia, san Anteon, mártir.

En la Pulla, san Marcos, obispo de Lucera, cuyo cuerpo es venerado en Bovina.

En Nápoles, san Fortunato, obispo.

En Africa, san Quintiniano, mártir.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Basilii confessoris tui atque pontificis solemnitate de-

Suplicámoste, Señor, que oigas las oraciones que os ofrecemos en la solemne fiesta de nuestro siervo y confesor san Basilio,